

La metamorfosis del *Yo* en la enfermedad (1861)

No por casualidad hemos elegido este ejemplo que explica la locura (*Irresein*) muy bien y mediante múltiples analogías¹. Ya que aquí, y también desde el interior, al iniciarse la enfermedad cerebral (*Gehirnkrankheit*) se van produciendo masas de sensaciones, pulsiones y representaciones (*Triebe und Vorstellungen*), hasta entonces desconocidas por el individuo (por ejemplo: fuertes sensaciones de angustia seguidas por imaginaciones de un crimen cometido, persecución). Al principio, estas nuevas sensaciones se enfrentan al antiguo *Yo* como un *Tú* extraño que despierta sorpresa y miedo. Su penetración en el ámbito de las antiguas representaciones suele percibirse por la persona en forma de apoderamiento del antiguo *Yo*, como una fuerza oscura y avasalladora, y suele describirse con imágenes fantásticas. Esta duplicidad, esta contradicción (del antiguo *Yo*) con los nuevos conjuntos de representaciones (*Vorstellungsmasse*) no adecuadas se acompañan siempre de una sensación dolorosa de pugna, de estados afectivos (*affectartig*) y de intensas emociones (*Gemüthsbewegungen*). La experiencia muestra que es aquí donde radica fundamentalmente la causa por la que el primer estadio de la gran ma-

yoría de las enfermedades mentales (*Geisteskrankheiten*) se caracteriza por un predominio de padecimientos emocionales (*Gemüthsleiden*), concretamente padecimientos emocionales de tristeza.

Si no se elimina la causa inmediata de la nueva representación anómala, la afección cerebral (*Gehirnaffection*) se convierte en permanente al entretenerse poco a poco con los conjuntos de representaciones del antiguo *Yo*, al ser generalmente eliminados y borrados por la enfermedad mental otros conjuntos de representación resistentes; poco a poco se aminora la fortaleza del antiguo *Yo*, la lucha en la consciencia y las tormentas de las emociones. Pero debido precisamente a esos enlaces, a esa introducción de elementos anómalos de la representación y de la voluntad, el *Yo* se ha falseado a sí mismo y se ha transformado en otro completamente distinto. Aunque el enfermo pueda volver a estar tranquilo y su discurso mental pueda volver a ser formalmente correcto, como premisa, por el hecho de haberse instalado múltiples conexiones, se filtran aquellas representaciones anómalas y equivocadas; el enfermo ya no es él mismo sino alguien totalmente distinto, su *Yo* es uno nuevo y falseado (*sein Ich ist ein neues, falsches geworden*). Otras veces parece incluso que se forman varias masas de representaciones, poco congruentes entre sí, que quieren cada una representar al *Yo*; de esta manera puede desaparecer totalmente la unidad de la persona (algunos dementes-locos). Una vez que las emociones cesan en estos estados, se puede desig-

¹ (N. d. T) El ejemplo aludido se hallará explicado en las páginas introductorias que preceden a esta traducción. Por nuestra parte, hemos tratado de respetar en todo lo posible el estilo, muchas veces taquigráfico y otras prolijo, así como los conceptos empleados por el autor, incurriendo probablemente en alguna confusión puntual que el mismo texto, ciertamente abstruso, contiene.

nar este pensar erróneo como una enfermedad del entendimiento (*Verstandeskrankheit*).

Con lo que se acaba de exponer se ha descrito, *in nuce*, la evolución normal desde la formación de la locura (*Irresein*) hasta su culminación en una locura delirante (*Verrücktheit*) incurable. Naturalmente, lo indicado no vale para todos los casos (por ejemplo, la demencia –*Blödsinn*– primitiva posterior a una lesión craneal) e incluso, en los casos en los que se produce esta evolución aparecen múltiples acontecimientos y desviaciones. En este sentido, la evolución profunda de una enfermedad cerebral orgánica (por ejemplo, la encefalitis crónica de la corteza cerebral que acaba en una atrofia) interrumpe el curso evolutivo de tal manera que la temprana demencia no permite la aparición de un nuevo *Yo*; o bien la curación se produce antes, o bien aparece la muerte (ver, a este respecto, la descripción de las formas individuales).

Es necesario resaltar aquí la enorme importancia que tiene la constitución del *Yo* (antiguo) en estas circunstancias. Un *Yo* débil es vencido más fácilmente que un *Yo* fuerte por las nuevas representaciones anómalas. Aunque una infiltración lenta de los nuevos complejos de representación en los antiguos produzca emociones más débiles, reemplazará y absorberá más fácilmente el *Yo* porque encontrará una menor resistencia. La duración de la enfermedad tendrá siempre una importancia determinante. Las nuevas masas de representación serán tanto más peligrosas para el *Yo* cuanto más emparentadas estén con los viejos complejos de representación; la mezcla se hace más fácil y la metamorfosis del *Yo* es menos palpable. Todo este proceso que acaba de exponerse es confirmado por la experiencia diaria.

En un estado de salud, los diferentes complejos de representación (*Vorstellungskomplexe*) que pueden caracterizar el *Yo* tienen fundamentalmente una base común anclada en los complejos de representación relativos al propio cuerpo. Aunque la forma de sentir el propio cuerpo pueda variar muchas veces a lo largo de la vida (enfermedad, vejez, etc.), siempre persiste la concepción global del propio cuerpo como centro de reunión para las demás representaciones y como nódulo del que emanan los actos motrices (*motorische Acte*). Pero existen también estados anómalos (más frecuentemente en enfermos mentales –*Geistesranke*–) en los que la sensación unitaria del cuerpo cambia rápida y significativamente, de tal manera que el soporte sensual del antiguo *Yo* se transforma totalmente; es entonces cuando se rompe por completo con la propia personalidad, dejando de reconocerse en ella, es entonces cuando el enfermo se toma a sí mismo por un individuo diferente del que es en realidad. Es muy importante diferenciar lo que acaba de decirse de aquellas metamorfosis (*Metamorphosen*) en las que el *Yo* sufre simplemente un relleno (*Füllung*) de nuevas representaciones y nuevas aspiraciones (debidamente a enfermedades cerebrales), sin que se altere esencialmente el sentimiento que tenemos respecto al propio cuerpo.

Una diferencia esencial, y que está en la consciencia (*Bewusstsein*) de todos, es que nuestras representaciones discurren a veces como un tranquilo fantasear o pensar, y en otras ocasiones con oscilaciones más bruscas acompañadas por una intranquilidad psíquica generalizada. En el primer caso, los conjuntos de representaciones que caracterizan el *Yo* se comportan ante las representaciones de la consciencia como un espectador tranquilo; en tanto son apercibi-

HISTORIA DE LA PSIQUIATRÍA

dos, son transformados de manera débil y lentamente por él, y, si se llegan a producir juicios oscuros sobre el desarrollo o el freno que tal pensamiento infunde al Yo (placer o displacer; *Lust oder Unlust*), éstos son de baja intensidad. En el segundo caso, cuando un acontecimiento se presenta bruscamente en la consciencia —por ejemplo, una masa de representaciones instantánea o una pulsión vivaz—, su entrada en escena es tumultuosa. Mediante este proceso son evocadas rápidamente algunas representaciones adormiladas, que incluso arrastran a otras consigo; otras, por su parte, son empujadas hacia atrás, no sin resistencia, de manera que el Yo tiene que ser necesariamente afectado en la forma de avances más vívidos o frenos, de placeres o displaceres.

Aquellos juicios oscuros, displaceres o placeres psíquicos, conforman el contenido básico de nuestros sentimientos (*Gefühle*). Los sentimientos están engarzados a las representaciones, y gracias a ellos somos conscientes de las circunstancias de tensión y movimiento de ciertas representaciones, del grado de libertad de movimiento y de avances o de frenos, así como del modo de su interrelación. Las representaciones mismas, a cuyas circunstancias de movimiento accedemos de esta manera, pueden ser totalmente claras y fuertes, pero también pueden ser oscuras y sin posibilidad de poder diferenciar suficientemente su contenido; somos especialmente incapaces de determinar la causa de las sensaciones de placer o de displacer en el caso de aquellas influencias que el cuerpo ejerce sobre nuestro humor. Estos sentimientos, sin representaciones determinadas, y otros más, por ejemplo disposiciones anímicas tristes o irritadas, tienen a menudo como consecuencia solamente un cambio en el estado

corporal; al sentirnos enfermizos cambia normalmente nuestra manera de sentir, no produce inmediatamente otro contenido, pero sí otras circunstancias de tensión o de movimiento en nuestras representaciones. Por el contrario, los sentimientos fuertes, incluso si emanan también de las representaciones, producen normalmente a su vez fuertes transformaciones en las masas adormiladas de las sensaciones corporales (*körperliche Empfindungen*); algunos sentimientos fuertes son, por ello, medio corporales medio psíquicos (angustia, temor y similares).

Algunos sentimientos pueden acompañar a representaciones calmas; por ejemplo, en el pensamiento científico, si ciertas representaciones adecuadas son provechosas, muy placenteras y están acompañadas por la sensación de éxito. Pero estos sentimientos son mucho más vívidos si están afectados por fuertes oscilaciones cuando se produce un cambio repentino en la consciencia de las masas de representaciones pertenecientes al Yo, y también cuando el Yo sufre por ello un avance o un freno (*Förderung oder Hemmung*). Esa capacidad de que el Yo sea afectado se denomina afecto (*Affecte*); en el primer caso son más alegres, en el segundo más tristes. En todos los afectos se encuentran los sentimientos como parte esencial; pero no todos los sentimientos nos llevan a los afectos, ya que existen sentimientos duraderos y estables sin afectos (sentimiento de sí mismo, sentimientos relativos a la patria, a la familia). La afectación del Yo puede llegar hasta la opresión, uno se pone «fuera de sí».

Los sentimientos no tienen ningún contenido positivo expresable en palabras, ya que en los sentimientos se estimulan sólo las circunstancias de movilidad y tensión de ciertas masas de representaciones, y la

manera en la que el *Yo* es afectado por estos procesos, pero los sentimientos suscitan apetencias (*Begehrungen*) y son también suscitados por éstas. Con los afectos se relacionan siempre sentimientos debido a los cambios rápidos producidos en las condiciones de tensión y movimiento de las representaciones.

La música (en muchas personas) despierta sentimientos intensos y representa un buen ejemplo para poder entender la esencia de las circunstancias mitad corporales y mitad psíquicas. Actúan aquí ciertos cambios en la percepción del tono y, sobre todo (de un modo inconsciente [*unbewussten*] para el individuo), impulsos motrices internos relativos a efectos musculares grandes y extendidos (compás, ritmo, melodía), pero tan débiles que no se suelen producir movimientos. Este cambio permanente de los impulsos internos de movimiento (*innere Bewegungsimpulse*) (representaciones de movimiento), con sus tensiones y sus descargas, no produce otra cosa que sentimientos carentes de objeto; produce lo inexplicable, pero lo más superficial, sin enriquecer el espíritu mediante representaciones o ideas claras. Pero estas emociones no carecen de valor ni son indiferentes para el alma (*Seele*); esta atmósfera puede contener mucho del ambiente tranquilizador existente, puede contener lo emotivo o lo excitante, e, indirectamente, algo de avance o de freno para el espíritu (*Geist*).

El sentimiento, al que se atribuyen estos procesos como sus movimientos emocionales, tiene una relación esencial con la parte motriz de la vida del alma (*Seelenleben*), con las pulsiones y con la voluntad (*zu den Trieben und dem Wollem*). No sólo son despertados por todos los estados de tipo afectivo, los impulsos de la pulsión y de la voluntad, para oponerse a frenos o seguir a

los avances; la experiencia nos muestra también que ya la aparición de los afectos se produce más fácilmente desde el lado motriz de la vida del alma que desde las puras representaciones.

Una aspiración (*Streben*) frenada o impulsada afecta al *Yo* mucho más que estas mismas circunstancias en la representación pura, y las emociones más repentinas y profundas resultan del rechazo repentino de las aspiraciones hasta entonces fluidas. Cuando, por ejemplo, nuestro pensar científico tranquilo es frenado por una interrupción externa inesperada, entonces podemos irritarnos; pero si algo se opone a nuestra voluntad y se destruye la realización de planes diseñados por nuestro *Yo*, entonces se producen muchos y fuertes movimientos emocionales: enfado, tristeza, etc. Muy a menudo se observa que algunos planes y determinaciones de la voluntad que han sido contrariados, por ejemplo una ocupación impuesta cuando el individuo dirige todos sus esfuerzos mentales hacia otro objetivo, pueden ser la causa de movimientos emocionales duraderos, pudiéndose desarrollar a partir de éstos la locura. Un enfermo mental conocido nuestro ha llegado a convertirse en tal porque se le obligó a ser carnicero cuando él deseaba ser cura. Ejemplos así se encuentran en todos los manicomios.

De la manera y del modo, así como de la facilidad con la que el *Yo* es afectado en sus sentimientos y en sus emociones (*Gemüthsbewegungen*), depende en gran parte la forma de reacción psíquica del hombre y con ello su idiosincrasia individual. Es, por tanto, en el universo interno del sentimiento donde se encuentra gran parte de la esencia característica de lo individual; además, un estado emocional cambiante no contradice este hecho, ya que lo característico es

HISTORIA DE LA PSIQUIATRÍA

la manera peculiar en la que se produce este cambio, es esta manera la que confiere la coloración y el tono básicos de nuestra vida emocional (*Gemüthsleben*). El sentimiento es una cierta manera de comportamiento del Yo, aquel nódulo que se mantiene imperturbable en nuestra individualidad y hacia el que se han combinado los resultados de toda nuestra historia psíquica. Es cierto que sufre conmociones, pero no es afectado ni anulado por las emociones; porque ¿qué debería ser afectado en el afecto (*Affecte*) sino precisamente aquellos complejos de representación (*Vorstellungskomplexe*), el Yo? El Yo puede ser disuelto e incluso derribado totalmente (no pocas veces en desorganizaciones profundas del cerebro, en la demencia [*Blödsinn*]), puede hundirse y puede ser sustituido por un nuevo Yo (locura sistematizada [*Verrücktheit*]); pero esto se produce solamente en el caso de cesar totalmente las emociones que acompañan necesariamente a la afectación y a la disolución del antiguo Yo.

El modo y la forma de cómo las masas de representaciones que caracterizan el Yo son afectadas por lo que ocurre en la consciencia, o por lo que se introduce en ella, nos revela el modo y la forma del sentimiento de sí mismo (*Selbstempfindung*). Unos cambios moderados y duraderos del sentimiento de sí mismo proporcionan, a su vez, la base de los diferentes estados emocionales, repentinos y fuertes, con significativos trastornos del equilibrio del sentimiento, la base de los sentimientos emocionales (*Gemütsaffecte*). El contenido del sentimiento de sí mismo puede ser de dos tipos: placer o displacer; el primero, cuando los complejos de representación del Yo favorecen y estimulan libremente los intereses de nuestra vida interior, lo que se produce en la consciencia, en sus interrelacio-

nes adecuadas y, sobre todo, en sus transiciones hacia lo ambicionado; y el segundo, cuando son rechazados, subyugados y frenados. Desde el más ligero cambio de humor hasta el afecto más turbulento, existen siempre dos posibilidades: o bien un estado en el que se fomenta y expande el Yo, durante el cual el Yo se encuentra a gusto y se comporta afirmativamente en relación al nuevo proceso de consciencia e intenta retenerlo, o bien un estado de freno, de represión y depresión (*Re- und Depression*), en el que el flujo de los complejos de representación del Yo y su transición hacia lo ambicionado son detenidos, son rechazados, y a veces huyen y otras penetran combatiendo obstinadamente, allí donde el Yo se muestra siempre negativo hacia esas nuevas representaciones. Según lo expuesto, los estados de ánimo y los afectos se dividen en dos grandes clases: la expansiva (y a la vez afirmativa) y la depresiva (y a la vez negativa, unida al aborrecimiento [*Verabscheung*]). A los primeros pertenecen la jovialidad, la alegría, la diversión, la esperanza, el valor, la travesura, etc., y a los segundos la irritación, el mal humor, el abatimiento, la tristeza, la preocupación, la vergüenza, el miedo, el temor, etc.

Este estado de cosas nos proporciona la base para la clasificación de aquellos estados de locura en los que predominan los padecimientos anímicos, es decir para las formas primitivas de las enfermedades mentales. Así obtenemos dos clases principales: en una, el trastorno principal radica en disposiciones emocionales y afectos depresivos y negativos –todos los estados melancólicos (*melancholischen Zustände*)–; en otra, éste radica en los afectos expansivos y afirmativos –la locura delirante exaltada (*der Wahnsinn*)–. Aún no se ha mencionado la ira, que se encuentra entre las

dos clases de afectos; por sus motivaciones parece pertenecer más bien a la primera, ya que presupone una merma del *Yo*; pero en este caso, dicha merma es seguida por una reacción violenta del *Yo*, una expansión vívida y una explosión de la representación y de la ambición, por lo que se suele superar la impronta negativa y reponer el equili-

brio. Pero muy cerca de la ira, merced a su base psicológica, se encuentran los estados que se conocen como manía (*Tobsucht*), que se sitúan, desde su posición natural y nosológica, entre la melancolía y el *Wahnsinn*.

(Traducción de José M.^a Álvarez
y Ursula Grieder)

